

# El existencialismo ateo de Jean-Paul Sartre: libertad, responsabilidad y angustia

Mijaíl Málishev

## Introducción



n la historia del pensamiento humano dominó, durante largo tiempo, la idea del ateísmo como sinónimo de inmoralidad.

Hasta John Locke, teórico del liberalismo, se adscribió a los ateos carencias de normas éticas que obstaculizaban su derecho a la tolerancia. Sólo Pierre Bayle admitía la posibilidad de la existencia de comunidades ateas, cuyos miembros podrían ser capaces de relacionarse entre sí a través de normas morales. Más tarde, Immanuel Kant separó la moral de la religión y afirmó que la fe, como condición de elección individual, estropea la pureza del motivo moral. En su opinión, la persona moral conservará la fidelidad a su deber, incluso si no conociera, a ciencia cierta, la existencia de Dios, como depositario de sus esperanzas.

Un cuestionamiento turbaba la conciencia religiosa de Kant: ¿acaso la fe en Dios no sería una especie de seducción en el camino hacia la plena independencia moral del hombre? ¿Quizá, como un ser omnipotente, Dios tienta a los creyentes a buscar su amparo, los induce a la súplica para lograr su tutela ahí, donde el hombre está obligado a asumir una decisión libre ante situaciones indeterminadas? Sartre continúa esta línea de reflexiones críticas de Kant. Desde su punto de vista, la manifestación suprema de la fuerza moral del hombre es la osadía estoica en situaciones de límite en que éste no busca el apoyo trascendental, sino que aspira a superar los problemas existenciales por sus propios recursos. Para el análisis de la actitud atea del pensador francés nos apo-

yamos en sus trabajos *El ser y la nada* y *El existencialismo es un humanismo*.

## Premisas ontológicas: el *ser-en-sí* y el *ser-para-sí*

El centro de atención del existencialismo sartreano se encuentra en el ser del hombre, quien se integra por una "dimensión consciente" como atributo esencial de la existencia, puesto que es absurdo hablar sobre el mundo del hombre sin aludir a su conciencia. El hombre es un ente consciente, y esta propiedad no la adquiere al lado de otras cualidades: el devenir de la conciencia y el surgimiento del hombre es uno y el mismo acto. Pero la conciencia es, en primer lugar, conciencia de algo que no es conciencia.

Sartre llama a este "algo" *ser en-sí*; éste no puede ser designado más que, analíticamente, como un ser que es lo que es. El *ser en-sí* es el fundamento del existente, pero éste adquiere su significado sólo en relación con la conciencia. Consideremos algo, por ejemplo, una silla: en nuestra conciencia aparece como silla y no como existente, digamos, precisamente porque tiene ciertas cualidades y es apta para unos fines y no para otros. La silla es silla porque le damos un significado, un sentido y la *intencionamos* de un determinado modo; aunque de esto no se desprende que nuestra conciencia haya creado el objeto, en nuestro caso, la silla.

Según Sartre, el mundo como tal (que sólo existe en abstracto) está en sí y es absolutamente silencioso; es un "otro radical", una ausencia absoluta de cualquier cualidad correspondiente a las expectativas humanas. Ser real significa ser ajeno a la conciencia, ser contingente

---

Mijaíl Málishev. Doctor en Filosofía. Profesor/Investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

---



en vista del “porvenir virgen que lo espera”.<sup>3</sup>

### “Es muy incómodo que Dios no exista”

Una tesis central de la filosofía de Sartre es que en el hombre la existencia precede a la esencia. Esto significa que no hay nadie que lo haya creado ateniéndose a un modelo de naturaleza humana, lo que anula la idea de un Dios y, por lo tanto, condena al hombre a la orfandad ontológica, premisa de su libertad. Para una conciencia dependiente y sumisa es incómodo que Dios no exista, porque con su ausencia

desaparece toda posibilidad de encontrar valores en un cielo inteligible; ya no se puede tener bien *a priori*, porque no hay más conciencia infinita y perfecta para pensarlo; no está escrito en ninguna parte que el bien exista, que haya que ser honrado, que no haya que mentir; puesto que precisamente estamos en un plano donde solamente hay hombres.<sup>4</sup>

Para el pensador francés es importante no sólo declarar su ateísmo, sino mostrar el vínculo entre el teísmo y el “ateísmo inconsecuente”, ya que este último, a pesar de sus ataques contra la religión, resulta internamente dependiente de aquél. Según Sartre, la esencia del ateísmo inconsecuente (que hereda la fe religiosa en el aspecto moral) consiste en la creencia de que el mundo es un ser racional. Esta idea es una especie de “astucia dialéctica” que niega al Dios personal y trascendental, pero, a la vez, afirma a un Dios como portador de un sentido superior, como un Ser que preestableció el mundo para el hombre. En el panteísmo de Spinoza los atributos divinos se trasladan a la Naturaleza. De las mismas premisas parten, de hecho, los Iluministas que, aunque no le llamen Dios a la Naturaleza, adscriben a ésta “racionalidad” y “aspiración al perfeccionamiento”. De esta manera se crea un ambiente propicio en el cual crece el historicismo providencial y la fe ingenua en el inminente progreso social.

Si Spinoza entendió el mundo como una substancia y declaró que las pretensiones del hombre a la autonomía ontológica eran puras ilusiones, Sartre, contra-

y, al fin y al cabo, ser irracional; es como un ente semejante a una masa opaca que carece de diferenciaciones internas. Escribe Sartre:

Resulta evidente que el ser está aislado en su ser y no mantiene relación alguna con lo que no es él. Las transiciones, los procesos, todo cuanto permite decir que el ser no es aún lo que será y que es ya lo que no es, todo eso le es negado por principio... Es lo que es; esto significa que, por sí mismo, no podría siquiera no ser lo que no es; hemos visto que no implica ninguna negación. Es plena positividad. No conoce, pues, la *alteridad*: no se pone jamás como otro distinto de otro ser. Es indefinidamente el mismo y se agota siéndolo.<sup>1</sup>

Desde tal punto de vista, el *ser-en-sí* no contiene la nada, no experimenta el sentimiento de carencia. Un fenómeno, como *ser-en-sí*, no puede jamás ser derivado de lo posible ni reducido a lo necesario. Ninguna cosa por sí misma tiende a ser plena e íntegra. La silla a la que se le ha roto una pata de ninguna manera experimenta la necesidad de “dejarse crecer” una nueva; un recipiente vacío no aspira a llenarse; una luna en menguante no “sufrir” el daño que podría presuponerse tácitamente expresado por el predicado “en menguante”. El “sentimiento de carencia”, “ausencia” o “nada” tiene sentido sólo en relación con la conciencia del hombre y no con el mundo *en-sí*. La conciencia, esto es, el *para-sí* es un ser frustrado que constituye el sentido de la realidad humana. Esto se demuestra por el deseo explicable como carencia del propio ser que desea, es decir, como necesidad de complemento o como expectativa aún no realizada. Veo que mi amigo

Pedro está ausente de la cafetería porque quise verlo ahí; puedo hablar de un balde vacío o un cuarto de luna porque tengo un previo concepto de la imagen de balde lleno o del disco lunar, pero en realidad, un balde vacío o una luna en menguante no carecen de nada. Carecen de algo sólo para la conciencia que espera su complemento, es decir, que pretende lo que no es. La existencia humana está constituida por lo posible, aquello de que carece el sujeto para ser objeto.

La realidad humana se capta en su venida a la existencia como ser incompleto. Se capta como siendo en tanto que no es, en presencia de la totalidad singular de la que es carencia... La realidad humana es perpetuo trascender hacia una coincidencia consigo misma que no se da jamás.<sup>2</sup>

Al mundo como *ser-en-sí*, en el que no hay nada parecido a una intención o una tendencia, Sartre contrapone al hombre como *ser-para-sí*, que es una intención, tendencia o proyecto. El *ser-para-sí* es un huir del pasado hacia el futuro, es la no aceptación de sí mismo como algo ya hecho: es una expectativa para alcanzar nuevas posibilidades de un ser que será. La temporalidad, como modo de ser inherente a la estructura vital del hombre, consiste en estar más allá de su pasado, en superar su sí mismo anterior.

El hombre, en cierto sentido, es rehén del pasado, ya que no puede cambiar lo que ha sucedido en su vida ni transformar lo que ha hecho o lo que ha dejado de hacer. En el pasado, él es simplemente idéntico a sí mismo. Como ya hecho, el pasado recae en la condición de lo *en-sí*. Pero este *en-sí* es relativo, ya que el hombre, como existencia, no es un hecho acabado sino un ser que se hace a sí mismo. Cuando el hombre muere significa que el sujeto se transforma en objeto: el *para-sí* se convierte en el *en-sí* en sentido absoluto. En tanto que viva, el *para-sí* siempre está por delante del *en-sí* y, por consiguiente, no puede ser determinado totalmente por su pasado. El hombre se elige

riamente, considera que la idea del mundo como substancia, que incluye al hombre como un modo entre otros modos de Naturaleza, es un residuo de la mentalidad teísta. En realidad, la “sabiduría” spinocista se manifiesta en la aspiración del hombre a matar su libre albedrío y a crear una unidad absoluta entre substancia y sujeto. Pero, según el pensador francés, si no hay Dios (ya que el deísmo y el panteísmo lo expropiaron a favor de la Naturaleza) es obvio que no puede haber ningún plan preordenado; no puede haber ningún ideal de la naturaleza humana para cuya realización el hombre ha sido creado. Si no hay Dios, el hombre es libre, es decir, depende exclusivamente de lo que haga de sí mismo.

Pero al destronar las pretensiones ilusorias del pensamiento teísta, deísta y panteísta, Sartre entiende que no es tan fácil liberarse de estas ilusiones, aun cuando éstas sean reveladas. Son una especie de tentación natural de la existencia humana. Quizá los hombres, en la profundidad de su alma, sospechan la ilusión que les propone el teísmo (junto con el deísmo y el panteísmo), pero, incluso después de su “cruda revelación”, se resisten a la aniquilación del sentido vital de esta ilusión.

Desde el punto de vista del filósofo francés, el proyecto fundamental del ser humano consiste en que su conciencia (el *para-sí*) aspire a ser el fundamento de su propio *ser-en-sí*. En otras palabras, la meta suprema que el hombre intente realizar en su proyecto fundamental debe alcanzar un estado ideal, en el cual el *para-sí* se convierta en el *en-sí-para-sí*. A este ideal Sartre le llama Dios. “Ser hombre es tender a Ser Dios; o, si se prefiere, el hombre es fundamentalmente deseo de ser Dios”.<sup>5</sup> En otras palabras, el hombre como *ser-para-sí*, cuya conciencia se constituye por negación del mundo, quisiera unirse con el todo universal al cual pertenece como una mera facticidad. Pero este deseo es irrealizable, ya que está preñado de la pérdida de la “libertad” basada en la carencia de ser o en la nada.

En su proyecto fundamental, el hombre aspira a superar la nihilización de su ser, pero no puede lograrlo, ya que es un “ser por el cual la Nada adviene al mundo”.<sup>6</sup> En la realización de sus diversas posibilidades, entre las cuales se encuentra “ser Dios”, el hombre inevitablemente fracasa; así, se podría decir que es un Dios fallido. Sólo este tipo de la comprensión de la realidad humana o “existencia” corresponde, en opinión de Sartre, al ateísmo auténtico, esto es, a la convicción consecuente de que Dios no existe.

### **“El hombre está condenado a ser libre”**

El medio para erradicar la creencia en la racionalidad y en la perfección del mundo (que, no obstante, responde a los deseos humanos y se manifiesta en los conceptos de la “unidad de la sustancia y el sujeto”, la “armonía preestablecida” y “progreso histórico”), según Sartre, está en la eliminación radical de Dios,

en la afirmación del mundo en el que no habrá lugar para la Providencia ni para sus numerosos sucedáneos. La ruptura es radical: no se trata de que algunas construcciones de la conciencia humana resulten ilusorias y que el conocimiento, a veces, conlleve a una verdad amarga que destrona los ideales más apreciados, sino de que la conciencia, en la medida en que intente pensar el mundo en su integridad, cae en la ilusión y, por lo tanto, la “angustia” es un atributo inherente a la verdad ontológica.

El saber que en el mundo no existen las características divinas es irrefutable, pero el deseo de poseerlas también es insuperable. Precisamente de este antagonismo brota la angustia que es, según el filósofo francés, la vivencia más profunda y el testimonio más auténtico de aquella situación ontológica en que se encuentra el hombre. “La angustia es... la captación reflexiva de la libertad por ella misma... En la angustia, me capto a la vez como totalmente libre y como incapaz de no hacer que el sentido del mundo le provenga de mí”.<sup>7</sup>

Según Sartre, el angustiarse significa tener una conciencia sensata, sobria y carente de cualquier ilusión. Por eso la angustia, a pesar de que es incómoda y hasta morbosa para nuestra conciencia, debe ser cultivada en toda su pureza vivencial y no puede ser sustituida por otras emociones, quizá, más agradables pero, a la vez, más engañosas. En la angustia, el hombre capta una verdad sencilla y, al mismo tiempo, fundamental: el futuro es una simple posibilidad que todavía está fuera de su alcance. Y esta posibilidad no es sólo una realidad subjetiva.

Suprimir el ser para establecer al posible en su pureza es una tentativa absurda; la procesión... que va del no-ser al ser pasando por el posible no corresponde a la realidad. Ciertamente, el estado posible todavía no es; pero es el estado posible de cierto existente, que sostiene con su ser la posibilidad y el no-ser de su estado futuro.<sup>8</sup>

Sartre concibe la existencia humana como un horizonte de diversas posibilidades y el hombre (que es siempre “el porvenir del hombre”) proyecta sus objetivos al futuro y se esfuerza por alcanzarlos. Claro está que en la realización de estos objetivos algunas cosas aparecen como obstáculos. Pero depende de mi elección el que aparezca como una barrera infranqueable o como un obstáculo que habrá de superarse.

La tesis de que el hombre es totalmente libre no contradice, en opinión del filósofo francés, a reconocer que existen los acontecimientos objetivamente imposibles, tareas insolubles o situaciones sin salida. Si, por ejemplo, tengo algunos deseos que, para su realización, exigen gran cantidad de recursos financieros de que no dispongo, soy yo quien decide cambiar mis planes o disminuir mis aspiraciones para que mi proyecto sea operativo. Hasta la disposición de supeditarse a las circunstancias y ser “esclavo de las cosas” presupone una decisión correspondiente y, por lo tanto, muestra el carácter absoluto de la libertad.

De la conciencia de la angustia se desprende que el hombre se compromete, en primer lugar, ante sí mismo. Sartre escribe:

El vértigo es angustia en la medida en que temo, no caer en el precipicio, sino arrojarme a él. Una situación que provoca el miedo en tanto que amenaza modificar desde fuera mi vida y mi ser, provoca la angustia en la medida en que desconfío de mis reacciones apropiadas para la situación... Análogamente,

el movilizado que se incorpora a su campamento al comienzo de guerra puede, en ciertos casos, tener miedo de la muerte; pero, mucho más a menudo, tiene "miedo de tener miedo", es decir, se angustia ante sí mismo.<sup>9</sup>

Desde el punto de vista de Sartre, en el mundo, que está absolutamente desvinculado de Dios, ya no se puede ni confiar ni creer ni esperar nada. Tal mundo (carente de los atributos divinos) pierde cualquier capacidad de influir en el hombre: incitarle, inducirle, determinar sus actos. En su opinión, la idea de la determinación de la conducta humana es un prejuicio y significa un vestigio de la fe en la providencia. El secreto de la conducta del hombre se revela en su libertad y cualquier intento de reducir sus actos a circunstancias externas o inclinaciones internas, no es otra cosa que un subterfugio en que se expresa su pusilanimidad y su miedo de responsabilizarse.

Según Sartre, el hombre es un ser libre, lo cual no es una *propiedad* que pertenecería entre otras a la esencia del ser humano... La libertad humana precede a la esencia del hombre y la hace posible; la esencia del ser humano está en suspenso en su libertad. Lo que llamamos libertad es, pues, indistinguible del *ser* de la "realidad humana". El hombre no es *primeramente* para ser libre *después*: no hay diferencia entre el ser del hombre y su "ser-libre".<sup>10</sup>

La libertad pertenece a la estructura misma del hombre que "se está condenado" a ser libre. No puede elegir entre ser libre o no; es libre por el hecho mismo de que tiene conciencia. De esto se desprende que puede ser responsable de todos los actos que realizó en su vida, sin concesiones a las circunstancias o a sus predisposiciones o instintos innatos.

El hombre es responsable porque es capaz de oponerse a sus inclinaciones internas, del mismo modo que puede resistirse a las circunstancias externas y a las excusas racionales acerca de éstas. Al

decidir sobre sí mismo, cada quien define el coeficiente de adversidad de los fenómenos y acontecimientos e, incluso, su imprevisibilidad. Si, por ejemplo, un movimiento social irrumpe en la vida personal de alguien y le arrastra, no es un acontecimiento totalmente ajeno:

si soy movilizado en una guerra, esta guerra es *mía*, está hecha a mi imagen y la merezco. La merezco, en primer lugar, porque siempre podía haberme sustraído a ella, por la desertión o el suicidio: estos posibles últimos son los que siempre hemos de tener presentes cuando se trata de considerar una situación. Al no haberme sustraído, la *he elegido*: pudo ser por apatía, por cobardía ante la opinión pública, porque prefiero ciertos valores al valor de la negación de hacer la guerra... de todos modos, se trata de una elección...<sup>11</sup>

La posición de Sartre eleva al hombre, carga sólo a él todo el peso de la decisión y apela a su iniciativa personal. En las condiciones en que el filósofo francés escribió su tratado filosófico estos planteamientos tuvieron un sentido político bastante transparente. En su libro *El ser y la nada* apelaba a la valentía individual de sus compatriotas y a su responsabilidad ante sí mismos en el tiempo en que Francia fue derrotada por las tropas fascistas, y ante cada francés honesto surgía una cuestión implacable: resistir a los ocupantes o someterse a ellos. Tal fue el contenido histórico-social de aquella "elección" sobre la cual escribía Sartre.

## Elección y responsabilidad

Sartre, en su conferencia *El existencialismo es un humanismo*, se declara de acuerdo con la tesis del protagonista de Dostoievski: "Si Dios no existiera, todo estaría permitido". Pero la interpretación que el filósofo francés da a esta fórmula es diferente a la de Iván Karamazov. De la pérdida de la creencia en la existencia de Dios, Iván deduce consecuencias morales que le conducen al nihilismo. El cielo callado, la indiferencia de Dios ante los sufrimientos de las criaturas inocentes engendra, en la conciencia del personaje de Dostoievski, una rebeldía expresada en la negación de todas las normas morales.

Demasiado cara ha tasado esa armonía: no tenemos dinero bastante en el bolsillo para pagar la entrada. Así que me apresuro a devolver mi billete. Y con sólo que sea un hombre honrado, me veré en la obligación de devolverlo lo más pronto posible... Prefiero quedarme con mi no vengado dolor y mi indignación insociable, aun cuando no tengo razón.<sup>12</sup>

A pesar de las ofensas a Dios, éste sigue siendo, en las invectivas blasfemas de Iván, un Ser que posee todas las cualidades que le adscribieron en las doctrinas religiosas. Si Dios no hubiera sido el portador absoluto de la bienaventuranza eterna, el regreso del billete de entrada a la "armonía eterna" no tendría ningún efecto. Así que la rebeldía de Iván no sale de los límites de la fe religiosa y, por lo tanto, su blasfemia sólo cambia los polos del bien y del mal en la escala de los valores cristianos. Como observa atinadamente Pietro Prini, para Iván Dios no es una palabra vacía ni una simple ficción lingüística, sino el enigma central de la vida que "reside totalmente en el *aut-aut*: o el abismo de la finalidad, de la armonía total, del misterio de Dios, o el abismo de la vida sin amor, sin virtud, sin razón de vivir, estimuladora incluso del delito y de la destrucción".<sup>13</sup>

Contrariamente a los razonamientos del protagonista de Dostoievski, Sartre considera que la tesis "todo está permitido" no conduce al nihilismo que justifica cualquier perversión o fechoría. Tal interpretación podía ser engendrada en la profundidad del pensamiento oscuro de un nihilista que, por medio de su fe no superada, llega a la conclusión de que Dios es un ser mentiroso y, por tanto, no merece ningún respeto. Si Dios no existe estamos solos, sin justificaciones ni excusas trascendentales, es decir, estamos desamparados. Y esto es así, ya que somos los únicos autores de nuestros actos. Sin embargo, desde el punto de vista del filósofo francés, la desnudez, la vaciedad del mundo liberado de la tutela de Dios, de su apoyo trascendental no es un pretexto para caer en la apatía ni en la desesperación, como tampoco es una razón para justificar actos arbitrarios. Si Dios no existe y el hombre es totalmente libre, esto significa que está obligado, ante sí y ante los demás, a asumir la plena respon-

sabilidad de sus actos.

### Subterfugios de "mala fe" y angustia

Temeroso de su libertad absoluta, el hombre procura eludir su responsabilidad y atribuye sus actos a diversas causalidades que no dependieron de su elección. Sartre llama a este autoengaño "mala fe". El objetivo psicológico de este subterfugio (consciente o no) es tratar de esconder la responsabilidad de la elección de acciones que no corresponden a la pretensión de su autor. No es sorprendente que un individuo que ha sufrido una serie de fracasos intente justificar su pasividad o apatía aduciendo los siguientes argumentos:

las circunstancias han estado contra mí; yo valía mucho más de lo que he sido; evidentemente no he tenido un gran amor, o una gran amistad, pero es porque no he encontrado ni un hombre ni una mujer que fueran dignos; no he escrito buenos libros porque no he tenido tiempo para hacerlos; no he tenido hijos a quienes dedicarme, porque no he encontrado al hombre con el que podría haber realizado mi vida. Han quedado pues, en mí, sin empleo y enteramente viables, un conjunto de disposiciones, de inclinaciones, de posibilidades que me dan un valor que la simple serie de mis actos no permite inferir.<sup>14</sup>

Según Sartre, el mundo como *ser-en-sí* no puede obligar a alguien a ser cobarde o héroe. "Es que el cobarde se hace cobarde, el héroe se hace héroe; hay siempre para el cobarde una posibilidad de no ser más cobarde y para el héroe de dejar de ser héroe".<sup>15</sup> Los diferentes individuos tienen diferentes proyectos que se manifiestan en sus empresas y acciones, y por eso deben comprender que precisamente en éstas se anuncia su auténtica vocación a la cual deben dedicarse, sin ceder a las tentaciones de transferir su responsabilidad a circunstancias externas o inclina-

ciones internas.

A quien fue atormentado por desesperación y cayó en la apatía, su entorno le parece estéril o insípido. Se queja de que el mundo ha perdido todo sentido y eso lo condujo al borde de la desesperación. Según Sartre, este tipo de razonamiento es una clara manifestación de "mala fe". En realidad, quien cayó en la desesperación es responsable de su propio pesimismo. Las cosas parecen fatalmente ineludibles sólo para quien cedió ante ciertas circunstancias y no realizó todas las potencias que pudieran construir su proyecto existencial de otra manera de como lo hizo.

El filósofo francés considera que el hombre es responsable no sólo de sus actos intencionales sino del comportamiento que, a primera vista, parece involuntario y carente de cualquier cálculo. Por ejemplo, cuando una persona se desmaya simplemente niega la situación que le fue insoportable. Todos los actos emocionales e incluso los llamados involuntarios —histeria, rabia, celos, y diversas pasiones— en cierto sentido son estrenados y maquilados por sus autores. Sartre escribe al respecto: "El existencialista no cree en el poder de la pasión. No pensará nunca que una bella pasión es un torrente devastador que conduce fatalmente al hombre a ciertos actos y que por consecuencia es una excusa; piensa que el hombre es responsable de su pasión".<sup>16</sup> Más que eso, el sujeto poseído por las pasiones no sólo debe ser responsable de lo que hace, sino que tendrá que cargar una doble responsabilidad puesto que, por una parte, ejecuta un acto deliberado (aunque en forma enmascarada) y, por otra, trata de justificarse ante sí mismo y recurrir a una especie de coartada psicológica. Según el pensador francés, en un comporta-

miento de este tipo se revela el secreto de la conducta humana: los hombres son absolutamente libres, pero, simultáneamente, tienden a enmascarar esta verdad existencial y por eso se inclinan a borrar su propia conciencia como instancia que testifica su responsabilidad.

“Ser uno mismo” es un principio que constituye el eje central del existencia-lismo del filósofo francés. Ser el dueño de su propio destino, llevar en la espalda toda la carga de su responsabilidad debiera representar un gran desafío para la conciencia moral de cada ser humano. Sin embargo, hay gente que no experimenta ninguna responsabilidad ante los demás y, en el mejor de los casos, reconoce que sus actos atañen también a ellos. Se niega a cuestionarse: ¿qué sucedería si todo el mundo actuara como ellos? Si, por ejemplo, alguien miente, ¿desearía que todos los demás mintieran? Bastaría tomar en cuenta esta razón para invalidar la pretensión de los actos provenientes de la “mala fe” del mentiroso que pretende montarlos al grado de norma universal.

Cada hombre es responsable de la fuente de donde elegirá sus valores, ideales y móviles que motivan su preferencia. Cualquiera que sea nuestra personalidad, es nuestra elección, y de nosotros depende elegirnos como valientes o cobardes, nobles o mezquinos. “Todo ocurre como si, para todo hombre, toda la humanidad tuviera los ojos fijos en lo que hace y se ajustara a lo que hace. Y cada hombre debe decirse: ¿soy yo quien tiene derecho de obrar de tal manera que la humanidad se ajuste a mis actos? Y si no se dice esto es porque se enmascara su angustia”.<sup>17</sup>

La moral rigorista de Sartre reconoce, de hecho, una sola responsabilidad: la disposición del hombre a responder por todo lo que sucede con su participación (hasta inconsciente). Esta tesis se basa en la premisa de que las preferencias del individuo son equivalentes ya que todas, tarde o temprano, están destinadas al fracaso. Para Sartre todo está permitido con la responsabilidad como condición, y si el sujeto realizó una elección que contradice las normas morales, debe convertirse en el primer juez de sí mismo.

El criterio de la moral se reduce simplemente al reconocimiento de que el sujeto de elección cae bajo jurisdicción de su conciencia. Aquí, por paradójico que sea, la moral de Sartre se asemeja al juicio religioso cuando el clérigo-acusador apela a la conciencia del creyente-acusado a nombre de Dios, quien es capaz de “leer en los corazones humanos” y a quien no se puede ocultar nada. Esta omnivisión divina ha sido y es un factor importante en el arrepentimiento. En el discurso sartreano el autodesenmascaramiento también se provoca por la omnivisión que se encuentra en el hombre, aunque éste no siempre se dé cuenta. La omnivisión es sólo una paráfrasis del “Ojo divino” que observa al hombre desde la profundidad de su conciencia. Y la angustia ante esta visión implacable es lo que aún se conserva como temor ante el Dios omnipotente del cristianismo.

Existe cierta semejanza entre la moral de la responsabilidad enunciada por el filósofo francés y la ética de Kant. La esencia del imperativo categórico radica en la contraposición del deber a las inclinaciones naturales y en el cumplimiento riguroso de las obligaciones de cada cual. Pero a diferencia del filósofo alemán, quien consideraba que el “temperamento de la virtud es alegre”, Sartre sostiene que las obligaciones se realizan partiendo de que la realidad humana es una “pasión inútil”, un “obrar sin esperanza”. La “angustia” es definida por Sartre como una “emoción no específica”, es decir, como una vivencia que no puede ser referida a otro estado psíquico que esté detrás de ella. En este aspecto, la angustia se parece a otras dos emociones negativas: la “náusea” (impresión de que el mundo es totalmente superfluo) y el “tedio” (presentimiento de que todas las acciones humanas son vanas e inútiles). En cuanto a sentimientos positivos tales como la satisfacción, alegría o entusiasmo son, en opinión de Sartre, en cierto sentido, espurios ya que enmascaran el carácter indeterminado del futuro y la finitud humana.

Al ser revelada, la angustia posibilita el cambio en el proyecto del hombre. Según Sartre, el devenir siempre amenaza cambiar el sentido de decisiones hechas en el pasado, puede “metamorfosearlas” y hacer distinto el proyecto original.

Esos instantes extraordinarios y maravillosos, en que el proyecto anterior se hunde en el pasado a la luz de un proyecto nuevo que surge sobre las ruinas de aquél y que no hace aún sino esbozarse, instantes en los que la humillación, la angustia, la alegría, la desesperación se alían estrechamente, en los que soltamos para asir y asimos para saltar, han podido a menudo dar la imagen más clara y conmovedora de nuestra libertad.<sup>18</sup>

### **Las metas utópicas pueden ser caminos a la inhumanidad**

A la luz de esta libertad, nadie puede estar absolutamente seguro de que el proyecto que en este momento nos anima y constituye el sentido de nuestra vida no pueda ser modificado o transformado. Muchos ideólogos de movimientos sociales parten de la premisa de que sus principios e ideales poseen la trascendencia extratemporal y que nunca, en ninguna circunstancia histórica, podrán ser cambiados. Por eso exigen a sus seguidores buscar en la lucha social su predestinación suprema, considerarse como eternos deudores de aquélla. Están proféticamente seguros de que después de su muerte las generaciones venideras continuarán su “meta sagrada” y la llevarán a su cumplimiento exitoso. Se inclinan a divinizar los fines doctrinales de su movimiento y a adscribirles el *status* de verdades en última instancia. Con respecto a la responsabilidad personal consideran que son responsables de los que están a su lado sólo en la medida en que las acciones de sus compañeros de lucha también “están consagradas” por la causa común y sancionadas por las leyes de la historia.

En breve, estos ideólogos exigen de sus adeptos una solidaridad absoluta y una entrega incondicional a nombre de las esencias abstractas del movimiento social que dirigen. Pero la solidaridad entre los compañeros de una lucha común no es sólo la unidad consagrada por una fe en la obtención de un determinado objetivo histórico, sino una solidaridad gestada en el terre-





Notas

- 1 Jean-Paul Sartre, *El ser y la nada*, Altaya, Barcelona, 1993, p. 35.
- 2 *Ibid.*, p. 123.
- 3 Jean-Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*, en *Antología de textos de historia de la filosofía III*, Universidad Iberoamericana, México, 1994, p. 140.
- 4 *Ibid.*, p. 139.
- 5 Jean-Paul Sartre, *El ser y la nada*, p. 589.
- 6 *Ibid.*, p. 58.
- 7 *Ibid.*, p. 75.
- 8 *Ibid.*, p. 131.
- 9 *Ibid.*, p. 65.
- 10 *Ibid.*, p. 60.
- 11 *Ibid.*, pp. 576-577.
- 12 Fiodor Dostoievski, *Obras completas*, T. III, Aguilar, Madrid, 1991, p. 1065.
- 13 Pietro Prini, *Historia del existencialismo*, Herder, Barcelona, 1992, p. 68.
- 14 Jean-Paul Sartre, *El Existencialismo...*, p. 145.
- 15 *Ibid.*, p. 146.
- 16 *Ibid.*, pp. 139-140.
- 17 *Ibid.*, p. 138.
- 18 Jean-Paul Sartre, *El ser y la nada*, p. 501.
- 19 Jean-Paul Sartre, *El existencialismo...*, p. 144.

no de una simpatía compartida en ese momento. Al respecto Sartre escribe:

No sé qué llegará a ser de la revolución rusa; puedo admirarla y ponerla de ejemplo en la medida en que hoy me prueba que el proletariado desempeña un papel en Rusia como no lo desempeña en ninguna otra nación. Pero no puedo afirmar que esto conducirá forzosamente a un triunfo del proletariado; tengo que limitarme a lo que veo; no puedo estar seguro de que los camaradas de lucha reanudarán mi trabajo después de mi muerte para llevarlo a un máximo de perfección, puesto que estos hombres son libres y decidirán libremente mañana sobre lo que será el hombre...<sup>19</sup>

Intentar, forzosamente, meter a la gente en los uniformes utópicos que exigen determinados ideales o el "progreso en el futuro", en el que se cree dogmáticamente, es casi siempre un camino que lleva a la inhumanidad.

Es curioso destacar que los juicios filosóficos del pensador francés (al cual los comunistas le llamaron "el tirador libre", por su actitud no suficientemente leal ante la "inevitabilidad histórica del triunfo de la sociedad radiante") basados en los principios existencialistas fueron confirmados, quizá, contrariamente a sus propias simpatías personales. El gigantesco derrumbe que sufrió el socialismo en Rusia no fue causado exclusivamente por motivos socioeconómicos: el sistema hubiera podido persistir algún tiempo más.

Para explicar la caída del socialismo soviético hay que tomar en cuenta que se agotó la creencia en la superioridad histórica del régimen socialista en la con-

ciencia de las nuevas generaciones. Al terminarse esta creencia se anuló la decisión de poner todas las fuerzas y sacrificios en el altar del proyecto comunista. Sartre se dio cuenta de que no cualquier proyecto para el futuro era plenamente efectivo y realizable. El mundo es tal cual nosotros lo hemos proyectado y, por consiguiente, somos responsables de él; pero esto no quiere decir que en nuestras elecciones no hay fallas ni fracasos. Pensar así significaría adscribirle al hombre perfecciones utópicas que no le son propias. La angustia es inherente al hombre porque no puede prever todas las consecuencias posibles de sus acciones; no puede estar seguro, en todas las situaciones de su vida, de que los resultados de su actividad coincidan con sus planes anteriores. El vínculo pronosticado entre sus intenciones, proyectos y acciones y los resultados concretos, a veces, puede resultar problemático y conducir al sujeto a consecuencias inesperadas e indeseables. La historia muestra que las consecuencias de una decisión, por noble que sea, no siempre son previstas en toda su magnitud y, a veces, no hay garantía, ni siquiera una probabilidad lo suficientemente grande de que las buenas acciones traigan una mejora real.

Para Sartre la verdadera responsabilidad implica conciencia de las limitaciones del ser humano, conocimiento de la frecuencia con que se yerra, de que si bien la razón le permite ver con claridad, nunca le permite ver del todo. Éste es el único modo de concebir de forma realista el esfuerzo de mejoramiento del hombre, sin que vaya acompañada de ilusiones religiosas y utópicas.Δ